

Lunes V de Pascua



29 de abril de 2024

Hech 14, 5-18

Sal 113B

Jn 14, 21-26

P. Eduardo Suanzes, msps

Pablo y Bernabé se encuentran en Iconio, en el centro de su primer viaje, en lo que hoy es el interior de Turquía. La división ciudadana¹ permite a la oposición aliarse y hacerse agresiva. Paganos y judíos, con la participación de jefes judíos se preparan a apedrearlos. Pero no ha llegado la hora del martirio, pues queda mucho por evangelizar.

Salen de Iconio y continúan hacia Listra, a pocos kilómetros. El incidente pintoresco de la Primera Lectura ilustra perfectamente los primeros encuentros de los predicadores cristianos con la cultura pagana politeísta. Es un caso particular de religiosidad ingenua y crédula, de una población que cree las historias o leyendas poéticas de dioses que se presentan a los hombres en figura humana, incluso que se sienten halagados de ser ellos quienes reciben una de esas visitas. Son dos los ingredientes presupuestos en la situación: creencia en muchos dioses, creencia en sus incursiones terrenas en figura humana.

La reacción de la gente indica un grado extremo, muy primitivo, de religiosidad. Quizá alimentado con relatos de poetas, asimilados sin crítica y con el culto a Zeus en un santuario local. De acuerdo con el panteón helenista, Bernabé, más distante y solemne, tiene que ser Zeus, Pablo, el intérprete que habla, será Hermes². El sacrificio que les quiere ofrecer la gente es acto de reconocimiento y gratitud a los dioses por la visita y el beneficio. Pero Pablo, a duras penas, logra convencerlos invitándoles a la conversión. Les dice que lo esencial es abandonar los muchos dioses y sus imágenes para adorar al único Dios vivo. Si nos damos cuenta, no les habla nada de Cristo, por lo que se trata de una preevangelización.

En el Evangelio comienza diciendo Jesús: «*El que ha hecho suyos mis mandamientos y los cumple, ése es el que me ama*». Pasa Jesús a indicar la relación que el Padre y él establecen con cada miembro de la comunidad³. Él habla en singular, es decir, no uniforma, sino diferencia. Su comunidad no es gregaria, no somos un conjunto de ovejas. Por eso el principio que enuncia se aplica a cada individuo, y cada uno es responsable de su práctica. El discípulo hace suyos los mandamientos de Jesús y los cumple. El amor consiste, por tanto, en vivir los mismos valores que Jesús y comportarse como él. El amor verdadero no es solamente interior, sino visible: un dinamismo de transformación y de acción.

¹ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Nuevo Testamento. Edición de Estudio. Vol.III.* Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1997

² ...que no sé por qué la liturgia adapta el relato utilizando los dioses equivalentes del panteón romano: Júpiter (Zeus) y Mercurio (Hermes). El texto original, como no podía ser de otra manera, habla del panteón griego.

³ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO, *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético.* Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

Jesús hace una nueva promesa a aquel que le ame: «*Mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él*». Es decir: «*nos quedaremos a vivir con él*». Antes había dicho Jesús que en la casa del Padre hay muchas moradas⁴. Ahora que el que le ame, es decir, el que acepta y cumple su Palabra, se convertirá en morada de él y del Padre. Jesús explica de nuevo la calidad de su manifestación, que no es del mismo género que la que ellos han conocido o la que esperan. Quien guarda su mensaje responde a su amor, acogiéndolo, y su amor se manifiesta en su presencia y en la del Padre. Esta presencia se experimenta como una cercanía. El Padre y Jesús, que son uno, establecerán su morada con el discípulo. Vivirán juntos, en la intimidad de la nueva familia.

Esta nueva presencia del Padre y de Jesús en el discípulo remite a la presencia de Dios en medio de su pueblo, de tanta raigambre en el AT y contemplada por los profetas como característica de los tiempos finales. Una de las características del camino en el antiguo éxodo era la presencia de Dios en medio del pueblo, localizada en la *morada*, situada en la tienda del Encuentro. Ahora la tienda del Encuentro es el corazón de aquel que ama a Jesús. En este nuevo éxodo, cada miembro de la comunidad será morada de Dios; así, la comunidad entera será el lugar de la manifestación de la gloria.

Hacer morada en uno es trasvasar su personalidad, habitar en él. En otros lugares del NT se hablará de que el cristiano es templo de Dios. Es esto mismo. Al igual que Cristo es la expresión y el lugar donde se encuentra Dios, esto le alcanza ahora al cristiano, que se convierte en el lugar de la Presencia.

Al final del relato de hoy, cuando Jesús dice «*les he hablado de estas cosas ahora que estoy con ustedes*» vuelve a recordar la marcha de Jesús: anuncia su despedida. En compendio les ha expuesto el plan de Dios sobre la humanidad, les ha dejado sus promesas; ahora que se marcha, ellos tendrán que ir las comprendiendo y profundizando. Pero no será solamente una reflexión humana, el Espíritu les hará penetrar en todo lo que él ha dicho. Él, el Espíritu, colaborará en la construcción de la comunidad. Muchos aspectos de la vida y mensaje de Jesús están aún oscuros para ellos; pero tendrán el valedor, el paráclito, que les ayudará en todo lo que necesiten. Y ese valedor será el Espíritu Santo.

⁴ Cfr. SECUNDINO CASTRO SÁNCHEZ, OCD. *Evangelio de Juan. Comprensión exegético-existencial*. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid, 2001